

El Cantar de los Cantares

Evaristo Ribera Chevremont

III

“**S**u cabeza oro muy Bueno, sus cabellos como renuevos de palmas, negros como el cuervo.” ¿Cómo interpretarían este versículo los que se dan a la crítica sin condiciones para ello? Se necesita el don natural o una cultura en armonía con el espíritu de la época. ¿No se refiere al oro verdadero, el oro sin mancha, el oro intelectual, el oro de las facultades superiores, el oro iniciático del anillo de los anillos que guarda el sello de David o Salomón, el que brinda todas las potencias de la tierra, el oro de la magia? Sí: se refiere a ese oro, y de ese oro es la cabeza del amado. El sabio divino, lleno de la ciencia antigua, busca la verdad oculta de las cosas para ponerla en ritmos y palabras que sean como un cielo con el orden puro de los astros. De oro de Tíbar, el más fino de los oros, de oro de Tíbar, río en Arabia, de partículas de ese oro está espolvoreada la cabeza del amado. Es el oro de los mitos greco-romanos, el oro de las joyas multicolores como la flor del sol erizada de raros y anchos pétalos. Tal oro refleja la parte exquisita del alma. Todo lo bello es oro: oro es el primer rayo de sol en las nubes y en las corolas, oro que se repite un día y otro en la conflagración de los cuerpos solares y que luego es, en la superficie del planeta, la palanca con la cual los hombres mueven el mundo. Pero más bello es ese oro de que habla el docto mago, el oro de la cabeza del esposo, corona de las grandes idealidades, corona de la cual viene a nosotros la luz, la luz sobrenatural de la gracia. Cadenillas de oro para ella, varita de oro, arcos de oro recamados de piedras preciosas que brillan como lunas. Oro para ella, la amada, en collares y ajorcas: y oro para él, el amado, en los rizos viriles de su inmensa frente. El oro es la visión del cielo, el estado magnífico del hombre ya en lazo con la Divinidad, sintiéndola y comprendiéndola en sus símbolos e

imágenes. Oro sobre púrpura, oro del conocimiento sobre la sangre del sacrificio para llegar al nimbo de los santos varones. Diadema de oro sobre corona de espinas. Oro sobre acero. Oro sobre las oscuras gemas del dolor, ramillete de virtudes fuertes en apóstoles y mártires, en amadores y profetas. ¡Oh, Cantar de los Cantares! ¡Qué hermosa es la amada y qué cumplido el que es amado e incomparablemente áureo! Dice él a ella: “Sus manos de oro torneadas, llenas de jacintos. Su vientre de marfil guarnecido de zafiros”. “Sus piernas columnas de mármol que están fundadas sobre basas de oro.” Así son el Amor y la Sabiduría Divina, mito egipcio en el magno poema espejo de la hermosura. Sorprende la arquitectura de la amada: “Sus labios son lirios de color de púrpura, lirios de la Siria, labios de mirra para suavizar la aspereza y conservar la salud del alma. Todo es de un precio infinito. Tiene anillos de oro y jacintos. Irradia su cuerpo como si fuera de oro lúcido y resplandeciente marfil y lo cercan zafiros. Firmeza, incorruptibilidad, blancura. Ved sus piernas sólidas sobre basas de oro. Ofusca el topacio que brilla en el turbante del rey poeta. “Hermana mía, amiga mía, amada mía”—dice Salomón en el Cantar de los Cantares. “Adiós, mi amigo, mi hermano y mi dueño”—dice el bardo inglés en el profundo drama. Es la canción cierta del más acendrado amor, el que deja el alma muerta en sí para insuflarle después más vida, porque la mata y la resucita en el vértigo que hace girar seres y cosas. Todo se somete a ese principio impregnado del humor brillante de la mirada de Dios; todo, desde el átomo hasta el Universo, está sujeto a leyes de vida y muerte que son aplicadas por la mano invisible y numerosa con la misma rapidez de un segundo. Cada átomo es un ser, cada ser un mundo, cada mundo un universo, cada ser y cada cosa están animados por una misma esencia. Hay vidas y muertes, muchas vidas y muchas muertes, desde el microcosmo hasta el macrocosmo, porque uno es como esa inmensidad que fulge y palpita arrebatada por las fuerzas luminosas del misterio divino. El amor, substancia que perdura porque tiene el secreto de la eternidad, no empieza ni acaba, es el soplo creador que impulsa la fábrica del mundo. “Hermana mía, amiga mía, paloma mía”—dice Salomón en el Cantar de los Cantares. “Adiós, mi hermano, mi amigo y mi dueño”—dice el bardo inglés en el profundo drama. Tales palabras libadas en la roja flor de los labios,

vencen a las desgracias y triunfan del zarpazo definitivo de la Muerte. Ellas están hechas de la misma substancia del amor y tienen vida propia; ellas conocen la fuente de la cual mana el agua dulce y mágica de la juventud que se hace inmortal en el sol, corazón llameante de nuestro sistema planetario. Nada más conmovedor que estas palabras que derrotan a la muerte porque encarnan los tres grandes sentimientos del alma sobre la tierra. ¡Hermoso Cantar de los Cantares! Pan adorable, pan de excelente olor, pan de la sabiduría, pan de trigo con luna, montoncito de harina amasada en la noche con rocío de estrellas, pan simbólico, pan fecundo, pan de luz en el banquete para el cual requiere el hombre aptitudes de celestialidad como los profetas que vaticinaron el advenimiento del Señor de los prodigios. ¡Hermoso Cantar de los Cantares! Nace al sortilegio de la palabra que grabó el del cetro de oro –signo del sello con el cual aquél movía hombres, pájaros y fieras. ¡Hermoso Cantar de los Cantares, nacido bajo el Arco de los Serafines, ante los dieciocho sumos sacerdotes que había en el Templo de Jerusalén! Algo hay en él de los cantos de los ídolos enseñados por la hija de Faraón al rey de los tres mil proverbios. Ungüento y cinamomo, flautas y danzas, todo es como una trenzadura policroma de flores. Castillo levantado sobre la colina, con mil escudos y armaduras. Yérguese con su corona de plata y oro, florecido de lirios, nardos y jazmines, y traspasando con sus lanzas blancas el pecho de zafiros de la esposa. ¡Hermoso Cantar de los Cantares, hidromiel y vino! De los canales de las heridas del alma fluye. Linda y de oro como un rayito de sol bañándose en la corola estrellada; linda y de oro como la bolsa de la rosa trémula bajo la trompa del insecto. ¡Gloria al excelente maestro lleno de la emocionante presencia; gloria al que instruyó al pueblo por medio de la enseñanza y a quien el pueblo escuchaba deslumbrado por sus conocimientos! Explican la Biblia con proverbios y parábolas; así, las verdades del libro resultaban accesibles y la ley divina llegaba al pueblo como una claridad vasta. Su sabiduría era sabiduría única; pesaba en su corazón el valor de los seres y las cosas y no ignoraba dónde está Dios. Dios se le aparece en sueños y le dice: “¿Qué te daré?” No le pide oro ni piedras preciosas. Por eso contesta: “¡Señor, da a tu siervo un corazón entendido!” El Señor otorga sabiduría y conocimiento, con lo cual le concede potestad

y dominio. Conoce este rey la trascendencia de la parábola, el poder de la imagen. Sus proverbios se expresan por el lenguaje de los símbolos y las figuras. Su numen es un resplandor que no se extingue, resplandor enorme y sostenido como el del Zodíaco.

Nota: En los artículos anteriores, de esta serie, se deslizaron las erratas siguientes: “opositores católicos”, por “expositores católicos”; “la mirra y el óleo”, por “la mirra y el aloe”; “entroque”, por “entronque”.¹

¹ Evaristo Ribera Chevremont, “El Cantar de los Cantares III”, *Puerto Rico Ilustrado*, año XVI, número 807, 22 de agosto de 1925; p. 26.